

COMLA-5: Latinoamérica misionera

Historia de los congresos misioneros

Los Congresos Misioneros Latinoamericanos (COMLAs) son acontecimientos eclesiales que manifiestan y celebran la vida e iniciativas de evangelización de las Iglesias locales de América Latina y del Caribe. Representan hitos en el camino misionero del continente de la esperanza misionera, según expresión del Papa Juan Pablo II.

Anunciar el Evangelio es tarea esencial de la Iglesia, que no existe para sí misma sino para la misión, como gracia y vocación propia; es su identidad más profunda. Evangelizar es, pues, deber de todos los cristianos.

Los COMLAs son, para todos los bautizados, un incentivo para anunciar el Evangelio, donde cada uno está y vive y en todo el mundo. Quien conoce a Jesús y su reino no puede dejar de compartir esta alegría y tesoro con sus hermanos y hermanas, principalmente con los que todavía no conocen a Jesús.

Desde el año 1942 México realiza congresos misioneros nacionales. Ésta fue la razón por la que los COMLAs comenzaron en ese país misionero.

En el año 1977 se celebró en la ciudad de Torreón el VII Congreso misionero nacional. La participación de representantes de otros países dio a ese congreso un carácter continental. De esta forma se convirtió en el I Congreso misionero de América Latina (COMLA-1).

El COMLA-2 se celebró en la ciudad de Tlaxcala, también en México, en el año 1983. Fue cuando se hizo oficial la sigla COMLA.

El COMLA-3 y el COMLA4 tuvieron lugar, respectivamente, en la ciudad de Bogotá, en el año 1987, y en Lima, en el año 1991.

Al concluir el COMLA-4 (Lima 1991), se escogió Brasil como sede del COMLA-5. Esta opción fue acogida con mucha alegría por la presidencia de la Conferencia episcopal brasileña, por las Obras misionales pontificias y por los congresistas brasileños presentes en Lima. También los obispos de Brasil la acogieron con gran entusiasmo, y ya en la asamblea general de mayo de 1991 comenzaron a encaminar su preparación. Enseguida escogieron la fecha del 18 al 23 de julio de 1995 para la celebración y el lugar: Belo Horizonte, en el Estado de Minas Gerais.

Finalidades del COMLA-5

Convocar a las Iglesias locales de América Latina y el Caribe para que, discerniendo los caminos de la misión y continuando la acción evangelizadora de Jesús, asuman la responsabilidad misionera, preparando y enviando misioneros y misioneras más allá de las propias fronteras, «dando de su pobreza».

Comprometer en la misión no sólo a grupos especializados de cristianos sino a todos los bautizados, organizados en sus Iglesias locales para que se pongan, con nuevo ardor, al servicio del Reino.

Animar, formar y organizar en el espíritu misionero a las Iglesias locales, profundizando el sentido de la evangelización como anuncio actual y liberador del Reino.

Incentivar iniciativas misioneras para la evangelización inculturizada y nueva espiritualidad.

Celebrar el ardor misionero, la alegría de la fe, la religiosidad del pueblo, el testimonio de los mártires y la vitalidad de las comunidades eclesiales.

Objetivo general

Profundizar en la responsabilidad misionera universal de nuestras Iglesias particulares mediante el intercambio de experiencias y testimonios del Evangelio en las diferentes culturas, a la luz de la opción preferencial por los pobres, para fortalecer el camino de vida y esperanza en todos los pueblos.

Objetivos específicos

Ver cómo va la evangelización en América Latina y el Caribe, pidiendo perdón por los errores que hubo en la evangelización.

Animar la misión «ad gentes», partiendo de experiencias vividas en la inculturación del Evangelio.

Promover las actividades misioneras, dando relieve especial a los laicos, protagonistas de la evangelización, sobre todo a los jóvenes y a los niños.

Asumir la inculturación del Evangelio como camino de liberación integral de los pueblos en la construcción del Reino.

Animar, formar y organizar misioneramente a las Iglesias locales.

Celebrar el ardor misionero, la religiosidad del pueblo, el martirio y la vitalidad de las comunidades eclesiales.

Mensaje del COMLA-5 al pueblo de Dios

El Espíritu de Dios continúa soplando sobre nuestro continente. Nos reunió aquí, en el V Congreso misionero latinoamericano (COMLA-5), a los 2.710 delegados (obispos, presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas, laicos y laicas) de todos los países de América Latina y Caribe, e invitados de los diferentes continentes, unidos al Pastor universal, Juan Pablo II, representado por el legado pontificio, cardenal Jozef Tomko.

Comenzamos nuestro congreso poniéndonos bajo la protección de María, invocada en este continente como Nuestra Señora de Guadalupe, Aparecida y tantos otros nombres. Ella nos acompañó a lo largo de estos días, enseñándonos a encarnar el Evangelio en las culturas.

Nos encontramos en continuidad con los congresos misioneros anteriores, realizados en México, en Colombia y en Perú. Con este congreso, abrigamos la expectativa de despertar nuevas vocaciones misioneras. Celebrando el camino de la Iglesia, vivimos un verdadero Pentecostés por la presencia del Espíritu Santo. Nos unimos al clamor por la justicia y fraternidad, solidarios especialmente con los hermanos y las hermanas más pobres, con los negros y los pueblos indígenas.

La larga preparación de cuatro años fue ya, a través de encuentros, congresos, celebraciones, estudios y materiales de reflexión, gracia preciosa para nuestras comunidades. Al llegar a esta ciudad de Belo Horizonte, nos estimularon el ardor misionero de esta Iglesia local y su pastor, mons. Serafim, la calurosa acogida de millares de familias que nos hospedaron y la dedicación de los equipos de servicio.

El tema central «El Evangelio en las culturas: camino de vida y esperanza» y el lema «Vengan, vean y anuncien» fueron concretándose a lo largo del congreso.

Sentimos la originalidad de las culturas en los diferentes modos de ver, pensar, sentir, apreciar, hablar, orar y actuar. Practicamos el ejercicio de la escucha, del respeto a las diferentes manifestaciones de las culturas negras, indígenas, mestizas, urbanas. Al mismo tiempo, entendimos que, en toda esta pluralidad, se hace presente el mismo Evangelio.

También comprendimos mejor la fuerza del lema. Aquella invitación, que nos trajo aquí con su ¡vengan! resonó muy dentro de nosotros. Era el llamado del Señor (cf. *Jn* 1, 38) para ir a su encuentro, con nuestra vocación bautismal misionera. Todo lo que nos rodeó fue un grito: ¡vean! Vimos alegrías y tristezas, problemas y soluciones, pobreza e intentos de superarla, exclusión y solidaridad, y mucha esperanza en la fuerza actuante del Evangelio en las culturas. Por esto, se hizo incluso mucho más fuerte el llamado de Jesús y de la Iglesia: ¡Anuncien!

Este mensaje quiere ser desde ahora un comienzo de anuncio y un recuerdo de lo que vivimos aquí. Ante todo, las maravillosas liturgias, la decoración del polideportivo y de los bloques temáticos y las presentaciones folclóricas, no sólo nos hablaron

de nuestra cultura afroamerindia y latinoamericana, sino que también nos abrieron a los otros cuatro continentes.

La palabra que nos dirigió el Papa Juan Pablo II al comienzo del congreso indicó pistas importantes para nuestros trabajos:

- animar la conciencia de nuestra responsabilidad misionera;
- buscar medios eficaces de evangelización en el respeto y promoción de las diferentes culturas de nuestro continente;
- responder a los desafíos del encuentro del Evangelio con las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas;
- emprender una nueva evangelización, sobre todo, en los segmentos ajenos a nuestra pastoral e influenciados por la sociedad de consumo y secularizada;
- asumir la llamada a la misión más allá de las fronteras «dando de nuestra pobreza»;
- «seguir con decisión la opción preferencial por los pobres y marginados».

Asumimos solemnemente prioridades y compromisos que deben orientar la vida misionera de nuestras Iglesias en los próximos años.

Queremos tomar conciencia más clara de la responsabilidad y el significado históricos de nuestra vocación misionera por el mandato de Cristo (cf. *Mt* 28, 1810) respecto a otros países y continentes, para corresponder con gratitud al don recibido en estos siglos de evangelización (cf. Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 34). De forma especial, queremos saldar, en forma de fe

y liberación, la terrible deuda que tenemos con África por haber arrancado tantos hijos suyos para la esclavitud. Constatamos, sin embargo, con inmensa alegría que los africanos enriquecieron nuestras culturas y algunos, hoy, actúan como misioneros en nuestro continente, en profunda comunión de sangre, cultura y fe.

Estamos convencidos de que, a medida que nuestras Iglesias sean misioneras en sus mismas regiones, enriquecerán la dimensión misionera de toda la Iglesia. Y, por otra parte, a medida que se lancen más allá de sus fronteras geográficas, anunciando el Evangelio a otros pueblos, traerán vitalidad y dinamismo misionero a su propio interior.

Para realizar tal vocación misionera, se hace indispensable que las Iglesias particulares incluyan «la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria» (*Redemptoris missio*, 83).

Asumimos anunciar y dar testimonio más allá de las fronteras en el sentido más amplio. Religiosas y religiosos contemplativos, enfermos, ancianos, lo realizan en su vida cotidiana por la oración, por el ofrecimiento de sus sufrimientos. Otros se ven confrontados con el mundo moderno, marcado por innumerables nuevas fronteras étnicas, económicas, políticas, culturales y religiosas, que dividen a las personas, que segregan y excluyen a millones. En este sentido, somos misioneros más allá de las fronteras en cualquier lugar que vivamos, pues ahí ciertamente encontraremos fronteras para traspasar y vencer.

La pedagogía divina de la Encarnación nos obliga a superar los horizontes estrechos de una visión monocultural del cristianismo. Nos enseña a abrirnos, sin prejuicios, a la experiencia multicultural y multirreligiosa de los pueblos y de nuestro propio

continente. Por eso, la inculturación se impone como necesidad interna de toda evangelización. Y se realiza desde dentro de las culturas con sus símbolos, mitos, costumbres, valores, ritos y en el diálogo respetuoso con las personas. Conlleva, también, la conversión de los pueblos y de los cambios de estructuras de pecado (cf. Santo Domingo, 13) en el interior de sus culturas. En la inculturación, tanto los evangelizadores como los evangelizados se enriquecen. Se da un movimiento «en dos direcciones, un dar y un recibir», «en actitud de absoluto respeto a los hombres y a sus culturas, y también, al mismo tiempo, en absoluta fidelidad, en autenticidad en el seguimiento de Cristo, fe viva, coherente y sincera, paciencia, disponibilidad para el diálogo y el discernimiento en la verdad revelada», como nos recordó el legado pontificio en su mensaje inaugural.

Reconocemos que, según el espíritu de Jesús, la inculturación debe ser impulsada por la opción preferencial por los pobres, vivida, de modo expresivo, en nuestro continente desde Medellín (1968). Esta opción incluye una dimensión universal de solidaridad ante los grandes atentados contra la vida, sobre todo en África y Asia.

En medio de un continuo brote de espiritualidades, queremos centrar nuestra mística cristiana en el seguimiento de Jesús, abrazando su causa de anunciador del Reino, de evangelizador de los pobres (cf. *Lc* 4, 16 ss; *Mc* 1, 14 ss), de revelador de la misericordia de Dios Padre, que perdona y salva (cf. *Lc* 15).

En un mundo cada vez más complejo, con la conciencia de las singularidades de las culturas, la tarea misionera exige de los evangelizadores mejor formación psicológica, teológica y conocimientos específicos sobre las culturas con las que entrarán en contacto.

Compartiendo, en espíritu ecuménico, la fe cristiana con muchos hermanos y hermanas no católicos, con ellos queremos celebrar, orar, profundizar la lectura de la Escritura, comprometernos en acciones pastorales y sociales conjuntas por la justicia, con actitud crítica al sistema excluyente de corte neoliberal.

Reafirmamos la necesidad de estudios más profundos y objetivos de la realidad urbana, donde se concentra cada vez más nuestra población. La ciudad, con sus nuevos areópagos, se hace desafío crucial a la evangelización inculturada.

Tenemos que defendernos críticamente del tremendo poder de los medios de comunicación social, que son manipulados por intereses, contravalores hedonistas, materialistas y consumistas. Al mismo tiempo, es necesario utilizar su extraordinaria potencia para la evangelización.

En el espíritu de Santo Domingo y con atención especial a los jóvenes, impulsamos el protagonismo de los laicos para responder a los desafíos de las culturas modernas, animándolos a actuar evangélicamente en los diversos ambientes y centros de decisión» (cf. Santo Domingo, 98).

Sintonizamos con los anhelos auténticos de la mujer en nuestros pueblos, exigiendo una relación recíproca de igualdad, respeto y fraternidad, para que le sea reconocido en la sociedad y en la Iglesia el papel que le corresponde.

Apoyamos las exigencias de los pueblos indígenas para la posesión de sus tierras ancestrales, indispensables para la conservación de sus culturas.

A pesar de los efectos secularizadores del creciente proceso de urbanización de nuestros países, deseamos valorar la fuerza y vitalidad de la religiosidad popular, que se hace, al mismo tiempo, fuente de evangelización. Necesitamos recrear formas más adecuadas a los cambios culturales y a las aspiraciones de liberación.

Nos comprometemos con la construcción de una Iglesia totalmente misionera y cada vez más pluricultural en sus celebraciones, ministerios y estructuras.

Confortados con esta cálida convivencia fraterna en Belo Horizonte, llevamos a nuestros países y comunidades la llama de vida y esperanza aquí encendida. Hacemos nuestro el proyecto de evangelización de Juan Pablo II en los albores del tercer milenio, para que, más allá de todas las fronteras, sea anunciado y reconocido Jesucristo, Señor del mundo y de la historia.

Belo Horizonte, 23 de julio de 1995.